

BOURDIEU, Pierre *Meditaciones pascalianas*. Anagrama, Barcelona 1999, 232 pp.

Invocando a Pascal y su crítica de las vanidades Pierre Bourdieu se propone realizar a una crítica de lo que llama la "razón escolástica", entendiendo ésta como el conjunto de disposiciones estructurantes estructuradas (*Habitus*) propio de las "scholae", hábitos adquiridos en los años de estudio, dinámica del mundo intelectual, funcionamiento de las grandes escuelas, distanciamiento de la realidad, sobrevaloración de la razón epistémica etc.; una crítica de la "doxa" producida desde la escuela. La supuesta objetividad e indiferencia del sociólogo, del antropólogo... del filósofo, la relación distante con las cosas y las palabras, sería el producto de la dinámica propia del campo y no de un trabajo sobre sí mismo basado en la ascética del estudio; "la ignorancia de la ignorancia de las condiciones sociales y económicas" que hacen posible el aislamiento en el que se produce el "estudio", así como su colocación fuera del tiempo cotidiano y por encima de la sociedad. Convertir la capacidad para la distanciamiento de "lo real directamente percibido" en *habitus*, es el objetivo básico de la "scholae".

P. Bourdieu se fundamenta en sus trabajos sobre el campo cultural, el "homo academicus", o sobre la educación para hacer esta crítica, mostrando cómo se articulan el "juego" y la "illusio" correspondientes a este campo. Repite el análisis de la lógica de los campos y del *habitus* como estructura estructurante, base de su método sociológico. Este termina por afirmar la reductibilidad de todos los campos a una estructura formal que permite la acumulación de diferentes tipos de capital cuyo objetivo es la reproducción.

Tras sacar a la luz las condiciones que permiten que se forme la pretensión de objetividad y distanciamiento que se presentan como garantía de la labor escolástica se trataría de analizar de forma realmente científica la sociedad, manteniendo unidos indispensablemente el punto de vista de los agentes y el punto de vista sobre este punto de vista que es el del análisis de escuela, que ya no puede considerarse al margen de la lógica que estructura todo el espacio social, convirtiéndose en una visión desde dentro y no desde arriba.

Después de esta crítica de la "doxa escolástica", que en realidad se reduce al primer tercio del libro, encontramos una reafirmación enfática de todos y cada uno de los presupuestos de la sociología que Pierre Bourdieu viene desarrollando desde los años sesenta. Capítulo tras capítulo asistimos a la reafirmación, apenas matizada (la inclusión del término "illusio" y la desaparición del cálculo en los ochenta), de teorizaciones pasadas. En este sentido, el defecto fundamental del libro es la previsibilidad de lo que en él se dice: siempre es posible anticipar el paso siguiente, se espera el ataque al filósofo "normalien", la descalificación de los "filósofos-periodistas", la centralidad del estado en la dinámica de la dominación simbólica a través del sistema educativo como aparato de reproducción; afirmación violenta de conceptos sin un reconsideración seria de ellos, una especie de huida hacia delante, en la convicción de estar en la verdad, que, sin jamás mencionar nombres, es también una especie de ajuste de cuentas salvaje. Gran parte de las nuevas líneas de investigación que se han afirmando en los últimos años en el campo de las ciencias sociales francesas son descalificadas sumariamente: la antropología de las ciencias de B. Latour, el uso de la economía de las convenciones de L. Thévenot y L. Boltanski, las nuevas reconsideraciones sobre el don de A. Caillé. Los ejemplos se multi-

plican y parece que Bourdieu cree que está haciendo una autocrítica por el simple hecho de mostrar la inanidad de lo nuevo.

El *habitus*, hecho más cuerpo (*hexis*) que nunca, se manifiesta en la llave maestra del análisis social que permite explicarlo todo. Con él Bourdieu se sitúa en la posición privilegiada del que está en el punto de cruce de la práctica y de la teoría más allá del intelectualismo y del empirismo populista del "sentido común". Defensa casi desesperada de una sociología que dio sus frutos pero que muestra su agotamiento como aproximación global a la sociedad, que no como fuente inagotable de instrumentos de análisis. P. Bourdieu no es en absoluto un "perro muerto".

Desde esta perspectiva, todo pensamiento dentro de las ciencias sociales, que no sea el del propio Bourdieu es escolástico por definición. Si solo hay una crítica posible, todo lo que no entre dentro de sus presupuestos queda en el campo de lo denunciado, de la autocomplacencia intelectualoide que no puede ver cuáles son las condiciones de posibilidad de su pensamiento. Prueba de lo anterior es la siguiente cita, impagable por su sinceridad y prepotencia, que espero justifique la parcialidad y el carácter fundamentalmente destructivo de esta reseña: "Las ciencias sociales [...] tienen el privilegio de poder utilizar lo que han adquirido en el conocimiento del objeto (en particular de la teoría de la relación del *habitus* y el campo) para conocer mejor al sujeto conocedor y, por lo tanto para dominar mejor los límites (en especial escolásticos) de sus operaciones de conocimiento del objeto." (p. 271). No se puede expresar de forma más clara la pretensión de constituir la esencia de la ciencia crítica de todas las ciencias sociales; los dos paréntesis se explican por sí mismos. Si Pascal tiene a Dios como garante último de su denuncia de las vanidades, Bourdieu tiene su propia sociología como ojo de Dios desde el que hacer su crítica de la razón escolástica. Como ya se ha dicho, el segundo considera que con su concepto de *habitus* se sitúa en el punto crítico, entre práctica y la teoría, concepto que se construye sobre esa serie de palabras dobles que proliferan en sus libros: lógica lógica, economía económica, pensamiento pensante, dominante dominante, estructura estructurante... En parte se pretende resolver el problema central de las ciencias sociales, que es el de las relaciones de determinación, a través de juegos de palabras. Y el *habitus* tiene mucho de malabarismo verbal (razón por la cual pocos han conseguido utilizar este concepto con la habilidad con la que lo utiliza Bourdieu mismo), el hecho de que en algunas páginas de su obra parezca algo más que un instrumento sofisticado de objetivación, deriva más de la escritura de Bourdieu, de su brillantez expositiva, de la que se encuentran muchas muestras en este libro, que del rigor con el que está construido el concepto.

Es preciso aplicar a Bourdieu la historización que exige para las ciencias sociales y la filosofía; situar su sociología en su contexto de aparición, en el momento en el que se elaboraron de forma esencial los conceptos teórico-prácticos que luego aplicó. Si los conceptos de *habitus* o de campo fueron decisivos en los años setenta y parte de los ochenta se debió a que permitían ver una salida del panorama asfixiante que el estructuralismo de observancia estaba creando en el ámbito de las ciencias sociales en Francia. Frente a la visión excesivamente estable de la sociedad, al formalismo exagerado de aquel, el *habitus* y el campo como lugar

donde se escenifican estrategias con el objetivo de acumular capital simbólico, ofrecían una nueva perspectiva y la ilusión de salir del *impasse* al que se había llegado.

Con el paso del tiempo esta salida se ha mostrado como falsa, quizá la única pensable en un contexto intelectual determinado, pero éste ha variado sustancialmente lo que permite relativizar y sobre todo a situar el valor de los conceptos mencionados. Ahora son pensables o se intentan pensar otros caminos: la "grandeur" de Boltanski y Thévenot, los procesos autoorganizativos de J.-P. Dupuy, el actor-red de Bruno Latour, etc. Puede que estas también conduzcan a callejones sin salida, pero reafirmarse de la manera en que lo hace P. Bourdieu solo conduce a la esterilidad, a la repetición. Afirma éste que es necesario hacer un trabajo de "Aufklärung permanente de la Aufklärung" sin matar el objeto de este trabajo; él no lo consigue. Lo mata precisamente por que no es capaz de respetar su propia exigencia de mantener juntas la perspectiva del agente y la perspectiva del sociólogo, de forma sistemática prevalece su visión de sobrevuelo, que si no es escolástica en el sentido en que lo define Bourdieu lo es porque se ha convertido en escolástica herética; su afirmación de la ruptura epistemológica, de la verdad absoluta de su discurso conduce a la anulación de la perspectiva de los agentes que el cree respetar al definir el habitus como estructura estructurante.

Pese a lo dicho hasta aquí, este libro se muestra necesario en un sentido: reclamar una crítica de la soberbia del intelectual o del sociólogo, de su visión de águila sobre la sociedad (la esquizofrenia de Bourdieu es indudable) que deriva de lo que en este libro se denomina razón escolástica, de esa cultura libresca que tiene como premisas el aislamiento y la ignorancia consiguiente de las condiciones sociales en que se produce todo pensamiento. Este libro tal como esta planteando debe ser tomado como una crítica necesaria que es rechazada en el mismo momento en que se realiza, especie de purgante necesario que se expulsa del cuerpo al mismo tiempo que lo que combate; es el momento crítico lo que hay que conservar. La asunción del carácter impuro de la "lógica escolástica" la cual es en parte necesaria desde el momento en que la distancia con respecto a la realidad que produce se muestra como indispensable para el análisis de la sociedad pero que es fuente de prejuicios, en el sentido estricto de esta palabra.

Quien busque aquí un trabajo de sociología no lo encontrará, la invocación de Pascal es irrefutable, este libro esta teñido de cierto jansensismo, de un miserabilismo desazonador. Al terminar su lectura lo que prevalece es su dimensión de meditación pero no el rigor de lo expuesto. Lo que queda es la mirada oscura y la sinceridad de Bourdieu. En todo caso como conciliar la idea de que todo acto de enmienda es vanidad con la incitación a la lucha de los dominados que defiende, creo que eso jamás lo ha conseguido explicar.

CARLOS OTERO
prohistoria